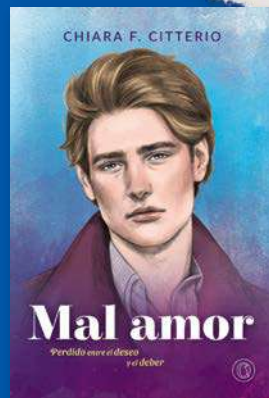


NB. Sul lato anteriore della presente si scrive soltanto l'indirizzo.

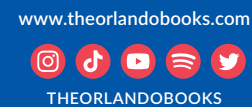
TAMBIÉN PUEDE INTERESARTE:



Guille pasa sus días entre el colegio y la residencia de ancianos en donde trabaja su papá. Le encanta su vida tranquila y predecible. Pero entonces aparece Joaquín con un misterio por resolver: su abuela acaba de morir y él ha encontrado una carta entre sus pertenencias. Una carta de amor que no está firmada por su abuelo. ¿Quién es ese sujeto? ¿Y quién fue, en verdad, su abuela? Joaquín necesita respuestas. Y aunque Guille no quiere ni estar cerca de él, de a poco cede a sus insistencias y decide ayudarlo.

Bruna tiene un secreto. Detrás de su trabajo inofensivo en un bar, se esconde una vida llena de peligros: es una agente encubierta de la resistencia italiana. Y es que en 1943, la lucha contra el fascismo no es una opción, sino un deber. Sin embargo algo sale mal, y junto a su pareja deben huír de su país hacia un destino incierto.

Aunque no lo saben, la vida de Bruna y de Guille y Joaquín están entrelazadas por un sinfín de hilos delicados que atraviesan las épocas, los mares, y las fronteras. Y es que el amor, cuando es verdadero, nunca se olvida.



Ginnie Forcher

NO SOMOS EL PRINCIPIO



Ginnie Forcher

*Autorevista Multimedial
e Shifano
Pavon*

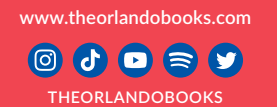


NO
SOMOS
EL
PRINCIPIO



Ginnie Forcher

Creció pensando que iba a ser escritora, aunque después la vida (¿el miedo?) la llevó a ser traductora y maestra de inglés. Al final, esas experiencias (y mucha terapia) le sirvieron para finalmente ponerse a escribir. Vive en Buenos Aires (con dos gatos), donde pueden encontrarla leyendo, tomando té (con azúcar y leche, obvio) o armando *playlists* para cada estado de ánimo. *No somos el principio* es su primera novela.



Dirección general: Marcela Citterio
Dirección editorial: Verónica Chamorro
Diseño de cubierta e interior: Valeria Miguel Villar
Corrección: Martín Vittón

©Ginnie Forcher, 2022
©The Orlando Books, 2022
www.theorlandobooks.com

Primera edición: octubre 2022
ISBN: 978-987-48545-8-2

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Forcher, Ginnie
No somos el principio / Ginnie Forcher. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
The Orlando Books, 2022.
400 p. ; 21 x 14 cm.
ISBN 978-987-48545-8-2
1. Narrativa Argentina. 2. Literatura Juvenil. 3. Novelas Románticas. I. Título.
CDD A863.9283

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la empresa.

Este libro ha sido impreso en papel amigable con el medio ambiente, fabricado 100% a partir de caña de azúcar, 0% fibra de árboles y 0% productos químicos para blanquear.

Este libro se terminó de imprimir en xxxxx de 2022 en los talleres de Grupo Maori S.A.,
Av. Bartolomé Mitre 3027 (CP 1605), Munro, Provincia de Buenos Aires.

Ginnie Forcher

NO SOMOS EL PRINCIPIO



THE ORLANDO BOOKS



De pronto, todos mis ancestros están detrás de mí.
Quédate quieta, dicen. Observa y escucha.
Eres el resultado del amor de miles.

LINDA HOGAN

Trento, Italia, agosto de 1943

Hasta la última cabeza masculina del bar giró para mirarla cuando la campanita de bronce sobre la puerta soltó su tintineo. Ella ignoró la súbita atención y caminó con paso firme, mientras el crujir de los tablones de madera debajo de sus botas acordonadas le daba la bienvenida, como todas las noches.

—Buona sera, cara mia —dijo Miroslav una vez que estuvo a su lado, detrás de la barra—. Ya era hora, ¿no?

—No te queda lindo quejarte —contestó ella con un beso en la mejilla.

La barba de tres días del viejo esloveno le pinchó los labios. Se sacudió la pollera antes de anudarse el delantal raído a la cintura y comenzó su jornada con su religioso *shot* de fernet. A pesar de que a veces la situación ameritaba unos cuantos más, tenía en claro que ese vasito sería el único alcohol que probaría en toda la noche. Siempre era mejor tener todos los sentidos lo más alerta posible.

—Creo que es la primera vez en tres años que te veo cansada, Bruna —dijo el viejo Tonio, sentado en la esquina de la barra.

Ella no le contestó. Tomó la botella de *grappa* y se acercó hasta él con una sonrisa para llenarle el vaso una vez más. Miró de soslayo el reloj de pie en un rincón del bar y asumió que, a esas alturas de la noche, aquel debería ser el cuarto o quinto vaso de Tonio.

Junto al reloj, sentado en la mesa más oscura, había un hombre de pelo negro, vestido con una camisa blanca arremangada y el rostro oculto bajo un sombrero gris.

La campanita de bronce volvió a sonar. Los saludos a los gritos, la risa ronca, las botas negras haciendo un sonido sordo contra los tablones de madera. No hizo falta que Bruna se diera vuelta para saber quién había entrado.

Respiró hondo y se puso a ordenar el desastre de copas.

—Será que la *ragazza* está con muchas cosas últimamente —dijo Miroslav.

—¿Ah, sí? ¿Qué cosas? —el aliento etílico de Tonio se mezcló con el olor a humedad del bar en la nariz de Bruna.

Sin embargo, ella mantenía la atención fija en Miroslav y en lo que estaba a punto de salir de su boca, pero él continuó lustrando las cucharas con el repasador gris lleno de agujeros sin decir una palabra más.

—No me digas que por fin has conseguido alguien digno de tu amor, Parisi.

De todas las voces que había escuchado en su vida, no recordaba ninguna que le hubiera provocado los escalofríos que sentía cada vez que Lorenzo Romagnoli hablaba. Sin embargo, continuó ordenando el chiquero que había sobre la barra con aire imperturbable.

—No creo encontrar nunca a nadie así —le contestó ella.

Lorenzo se llevó la mano enorme al rostro y comenzó a jugar con su barba, un gesto que Bruna detestaba sin otro fundamento que no fuera que le pertenecía a él.

—Es una lástima que, después de tantos años, todavía no te des cuenta de que el hombre que realmente te merece está delante de ti.

Ella se limitó a una sonrisa que no le llegó a los ojos.

La campanita sonó una vez más y, por milésima vez en la noche, todas las personas que había en el bar giraron en dirección a la puerta para ver entrar a un joven desgarrado y tímido. Bruna aprovechó la distracción para robarle una mirada al hombre de la esquina. Tenía los ojos clavados en ella.

—Hay dos tipos de candidatos en el mundo, Parisi. Esos —Lorenzo señaló la puerta con la cabeza— y los hombres como yo. Deberías asegurarte de no terminar con el tipo equivocado.

La risa socarrona se le escapó antes de que Bruna pudiera reprimirla.

—Le agradezco la inquietud, comandante, pero la soltería es uno de mis bienes más preciados. Quizás su atención estaría mejor puesta en alguna otra mujer que realmente necesite su ayuda.

La expresión de Lorenzo le heló la sangre, pero jamás daría el brazo a torcer. Prefería convertirse en una figura de hielo que bajar la mirada.

—No hay tiempo para el amor cuando uno lucha cada día —dijo de pronto Miroslav, inclinándose sobre la barra junto a ella.

—¿Y por qué lucha Parisi? —le preguntó Lorenzo, sin dejar de mirar a Bruna.

—*Ma io che ne so!* ¡La vida es lucha! Pero bastante tengo con todo lo que está pasando como para preocuparme por ella. ¿Quizás usted debería hacer lo mismo, comandante?

Detrás de la barra, sin que nadie lo notara, Bruna tocó la punta del zapato de cuero gastado de Miroslav con su bota. Hacía años que se habían convertido en familia y que ambos sabían que un simple gesto mudo era sinónimo de un profundo agradecimiento.

Lorenzo les dedicó un intento de sonrisa desagradable, tragó de un tirón lo que quedaba en su vaso de vermú y se fue a sentar a la mesa donde el resto de su tropa reía y derramaba las bebidas con movimientos torpes.

—Al final, me quedé sin saber qué cosas eran de las que tenías que ocuparte —dijo Tonio desde su esquina—. Pero más vale que te cuides, eh. Hay cada uno suelto...

La respuesta de Bruna fue llenarle el vaso por sexta vez, mientras le echaba una mirada a la mesa donde estaba Lorenzo fumando.

—Cinco minutos y vuelvo —le dijo a Miroslav.

Ni siquiera se molestó en sacarse el delantal. Luego de salir por la puerta trasera que daba al callejón, apoyó la espalda contra la pared y dejó que el viento cálido de agosto la abrazara, le revolviera el pelo castaño, le levantara la falda. Buscó su paquete de cigarrillos en los bolsillos del vestido, pero estaban vacíos.

—*Cazzo...*

Se pasó las manos por la cara. Cada día que pasaba era más complicado que el anterior, y la sensación de que todo explotaría por los aires era inminente. Nadie sabía si era cuestión de días o meses, pero no cabía duda de que sucedería tarde o temprano.

Y entonces fue cuando lo escuchó.

El rasguño en la pared de piedra fue casi imperceptible, pero a estas alturas podía distinguir hasta el más mínimo sonido fuera de lugar. Una sombra con sombrero se acercaba hacia ella por la izquierda. Bruna esperó inmóvil hasta el último momento posible. Miró de reojo hacia la puerta para asegurarse de que no hubiera nadie cerca y, en cuanto sintió al hombre detrás de ella, se abalanzó contra él.

Sus brazos fuertes rodeándola y el aroma amaderado de siempre eran exactamente lo que necesitaba aquella noche. Detrás de sus besos y caricias se percibía una urgencia que la hizo sentir en casa, a salvo de todo lo que podría llegar a lastimarla.

—Es peligroso que vengas, Dante —dijo Bruna sin despegarse ni un centímetro de él—. No podemos arriesgarnos...

—*Non ti lascerò sola.* Y menos cuando estás rodeada de tipos como Romagnoli.

Bruna sacudió la cabeza en su pecho y sonrió de verdad por primera vez en el día.

—Como si no pudiera contra él...

Él la tomó de los hombros para separarla lo mínimo indispensable.

—Jamás me atrevería a decirte que no puedes hacer algo.

—Una decisión inteligente.

Dante rio y acomodó los brazos alrededor de su cintura. Su risa era el único sonido que la inquietaba y la tranquilizaba al mismo tiempo.

Se habían conocido hacía tres años, en ese mismo bar. Bruna tenía diecisiete en aquel entonces, y llevaba medio año viviendo con su hermana menor en una de las habitaciones que se encontraban en la planta alta. Por las tardes, trabajaba ayudando a Miroslav como compensación, y había visto pasar a toda clase de hombres y jóvenes por su barra. Pero jamás nadie la había mirado con la intensidad que encontró en aquellos ojos grises, ni nadie había sabido despertar en ella la admiración que Bruna sentía cada vez que Dante Bracco hablaba de sus sueños y sus principios.

—¿Desde hace cuánto te acosa ese imbécil? —dijo Dante—. Basta que lo digas y...

—¿Y qué? ¿Ponerse en riesgo? ¡Por favor! —contestó ella tomando distancia—. Además, Lorenzo es inofensivo. *Tutto fumo e niente arrosto*.

Él no la contradijo, pero le quedó claro que no pensaba lo mismo cuando se rascó una mejilla en ese gesto tan típico suyo que delataba su incertidumbre ante qué decir o hacer.

Estiró la mano para que él se la tomara y le dedicó su mirada más seductora.

—No te preocupes. Puedo salvarme solita.

Dante dio un paso adelante, ignorando su mano, y le levantó el mentón con un dedo.

—Siendo honesto —dijo con esa sonrisa traviesa que Bruna adoraba—, no me parece que seas tú quien necesite que la salven.

♪ Me & You Together Song — The 1975

Buenos Aires, Argentina, agosto de 2019

Siento la mirada de Joaquín en la nuca. Es como cuando el sol de enero te pega y necesitás rascarte, o protegerte, o morirte. Lo que sea con tal de sacártelo de encima.

No es que yo sea un gran espectáculo, sinceramente. No estoy vestida de payaso que hace malabares en un semáforo, ni bailando borracha arriba del parlante de un boliche. Estoy dedicándome a la actividad más sensual y provocativa del mundo: regar las plantas de la entrada de un geriátrico. ¿Quién no caería rendido a mis pies?

Pero primero lo primero.

Y lo primero es que Joaquín y yo tenemos una relación complicada.

Vamos al mismo colegio, nuestras abuelas eran amigas de toda la vida, nuestros hermanos estaban en el mismo curso. Ah, y de chiquitos éramos mejores amigos, hasta que él cumplió esa edad nefasta que son los diez años y decidió que “le daban asco las nenas”.

Si bien sé quién es porque compartí casi toda mi infancia con él, hay algo que es inevitable: todo el mundo conoce a Joaquín

Santamarina y su grupo de amigos. Y la verdad es que, de lejos, ninguno parece ser el tipo de adolescente que visita a su abuela en el geriátrico todos los santos jueves. Sin embargo, acá está Joaquín. Sentado al lado de María Bruna en el sillón de pana verde. Y con la vista fija en mí.

Ojo, no me malinterpreten. No es que no me crea digna de las miradas del sexo opuesto. O de mi mismo sexo, para el caso. Que me mire quien quiera. Pero a él lo noto atento a lo que hago desde hace un par de semanas, demasiado atento. Y al principio me dio un poco de curiosidad, pero ahora ya estoy con un pie en el hartazgo y el otro en la indignación. Porque no solo compartimos un pacto implícito de ignorarnos, sino que además ambos sabemos que las poquísimas veces que tenemos que hacer algo parecido a conversar termina siendo una guerra de egos.

Uy. Me parece que ahogué las margaritas.

Respirá hondo, Guille. Las margaritas no tienen la culpa.

Entro de nuevo al salón principal y empiezo a caminar hacia la cocina, el lugar feliz de papá. Es probable que esto de ser la chica de dieciséis años que viene a ayudar en el geriátrico donde trabaja el padre no es la imagen de adolescente rebelde que me gustaría proyectar. Pero, siendo sincera, amo venir a El Jazmín. La casa antigua, sus seis residentes y el gato gordo que vigila la puerta nunca fallan en recibirme con los brazos abiertos.

Atravieso el comedor y veo que hay un naipe tirado en el suelo, cerca de la mesa donde está jugando “El Grupo de la Canasta”, como se autodenominan.

—¿Este se te cayó mientras mezclabas o cuando intentabas cartearte?

Le doy el siete de trébol a Esther, quien finge escandalizarse, pero sabe perfectamente que hasta Toledo, el gato, está enterado de que es una tramposa.

—No se meta en lo que no le incumbe, señorita Torres.

—¡Pero ¿te das cuenta?! ¡No se puede jugar así! —ahora la escandalizada es Rosita—. Siempre lo mismo.

Pero Damasia estira su mano de pianista y toma un naipe del pozo, un gesto que da a entender que el juego sigue a pesar de los engaños de Esther y de las protestas de Rosita.

—¿Alguna quiere algo de la cocina?

Damasia murmura algo mientras tira una reina de corazones. Menos mal que a esta altura ya entendí cómo decodificar lo que dice.

—Un tecito para Damasia. ¿Algo más?

—Y decile a Augusto, nena, que a mi arroz con pollo le ponga sal —dice Rosita—. Es mentira que tengo la presión alta, acá te inventan las enfermedades, viste. Que no te sorprenda si un día aparecemos todos muertos.

Reprimo una risa y me despido inclinando la cabeza para que piense que le estoy dando la razón. Si me detengo a pensar, a mí tampoco me sorprendería que un día Claudia los envenene a todos.

Siento algo enroscarse entre mis piernas apenas piso la cocina. Yo soy más de los perros, pero Toledo me choca la pantorrilla con su cabeza una, dos, tres veces, y ¿a quién quiero engañar? No me queda otra que agacharme y amasarle la panza atigrada.

—Ese gato no se dedica a la prostitución porque no tiene dónde guardar la plata —dice papá desde la mesada, donde está picando cebollas como para alimentar a tres equipos de fútbol.

—En cambio a Nutella le sobra lugar —digo, y la imagen de los rollos de mi perra me llena de ternura.

Pongo la pava en el fuego y me acerco hasta donde está él.

—¿Ayudo en algo?

—No, mi cielito. No hace falta. Ya en un rato termino y nos vamos.

—Súper.

—¿A quién le toca elegir la peli mañana? —dice con la jarra de caldo en la mano moviéndose peligrosamente—. Leí buenas reseñas sobre una que...

—A Simón —lo interrumpo para que no se ilusione.

Ambos dejamos salir el mismo quejido.

Mi hermano es genial. Es de esas personas que te hacen sentir bien cada segundo que pasás con ellas, que siempre están de buen humor, que no tienen mayores complicaciones en la vida más que sacarse un dedo con el *cutter* y rezar para que la sangre no manche el proyecto que tiene que presentar en la facultad. Pero su buen gusto es fatal, y papá y yo lo sufrimos cada viernes de comida china y películas que le toca elegir a él.

Voy hasta la mesa del rincón a esperar que hierva el agua y trato de decidir si ponerme a escuchar la banda nueva que me pasó Fede o sacar el cuaderno de Historia de la mochila. Tengo dos semanas para llenarme el cerebro de la Gran Guerra y la crisis del 30 antes del segundo trabajo práctico.

Okay, Historia será.

Paso las páginas y no puedo evitar sonreír ante los dibujos que adornan mis apuntes, porque sólo así es como retengo mejor la información. El que no tenga algún hábito de niño de cinco

años que tire la primera piedra, desde ya. Pero ni siquiera los dibujos me ayudan. Es tan aburrido que me doy por vencida enseguida. Hago una nota mental para pedirle a Renata su carpeta para fotocopiar.

Una de las ventajas de tener una mejor amiga adicta a los libros es que le encantan las clases de Historia porque piensa que son algo así como un cuento muy largo. Mientras yo hago dibujitos de las trincheras y los bares secretos, Renata presta atención, toma apuntes, hace anotaciones y resalta información con distintos colores. La admiro y la envidio al mismo tiempo.

—¡Ah! Justo la persona que buscaba —dice una voz disfónica a mis espaldas.

Ugh, no. Dame fuerzas, Dios.

Cierro el cuaderno y miro a Joaquín por encima del hombro. No tengo idea de en qué momento entró en la cocina. Esa es una de las (varias) cosas que no me gustan de él: es muy ruidoso y muy sigiloso al mismo tiempo, y es imposible predecir cuándo va a ser cada cosa.

—Hola, Augusto —saluda a mi papá con la mano.

—¿Qué hacés, Joaquín? ¿Todo bien?

Asiente sonriendo ante el tono amigable del traidor que me tocó como padre y gira para mirarme, con una mano acomodando los mechones oscuros que se le escapan del rodete en el que siempre lleva atado el pelo.

—¿Vos todo bien, Guille?

Fuerzo una sonrisita.

—No te molesta que te diga “Guille”, ¿no? —agarra un lápiz de mi cartuchera y se pone a jugar.

Ay, Joaquín. ¿Por qué? Si estábamos tan bien así, lejos. No hay necesidad de esto. Con un “Hola y chau” estamos.

—Digo, hace un montón que no hablamos pero sería rarísimo decirte “Guillermína” —agrega modulando cada sílaba de mi nombre, como si fuera la primera vez que lo dice.

A estas alturas no sé ni por qué me sorprende que venga a sacarme charla. Es evidente que algo quiere, y por eso las miraditas furtivas cada dos por tres. Lo que *no* me queda claro es qué es lo que quiere. O por qué.

—Guille está bien —le digo sin ganas—. Pero yo no pienso llamarte Coco.

Sonríe de costado y amaga sentarse en la silla que está frente a mí. Instantáneamente mi cara se transforma en lo más amenazadora que me es posible. Estoy segura de que toda mi expresión es muy obvia y está gritando un “ni se te ocurra” ensordecedor. Más allá de lo que quiera, no pienso tener una conversación de más de cinco minutos con él.

—Qué tierna esa mueca —dice mientras se sienta igual—. Me hacés acordar a un video de un gatito que se piensa que es tigre y quiere atacar a un San Bernardo, pero...

Cierro los ojos un momento para poder contener mi exasperación.

—¿Para esto me estabas buscando? —lo interrumpo.

—Nah. Quería ver cómo andabas.

—¿En serio? —suelto una risa que hasta a mí me suena horrenda—. ¿Vos? ¿Preocupándote por alguien más?

—Qué grosera, Guillita —dice arrugando la nariz llena de pecas—. Che, me enteré de que tu amiga Renata está...

Y ahí arranca el show de Joaquín. Habla y habla, pero estoy tan enroscada en descubrir los motivos ocultos de su repentino interés en mí que no tengo idea de qué está diciendo.

Encima se atreve a llamarme Guillita. Como si fuera mi amigo. Qué idiota.

Su monólogo continúa. Me había olvidado de lo mucho que habla. Quiero decirle que se calme y respire hondo, pero me da miedo que lo tome como un gesto amable de mi parte.

Y entonces deja de hablar. Me mira con los ojos entrecerrados, como esperando que le responda. Son del mismo tono cálido de marrón que los de María Bruna.

¿Qué dijo? ¿Algo de Renata? Pensá, Guille.

Okay, me rindo. Y como no puedo ser más inadaptada social, lo primero que se me ocurre es la maravillosa idea de levantarle los dos pulgares.

La carcajada disfónica de Joaquín rebota por toda la cocina y es un sonido tan agradable que hasta Toledo se acurruca cuando lo escucha.

—Veo que seguís siendo rara como siempre. Genial.

Y con ese comentario se levanta y vuelve al salón para despedirse de su abuela.

Esto es algo típico de la gente como Joaquín. Vienen sin que los invites, te dan su opinión sobre vos aunque no se la hayas pedido, y después se van con la conciencia tranquila de que te hicieron saber que era un chiste, de que les parece *genial* que seas así.

Reprimo el grito de frustración que me ocupa toda la garganta y voy a buscar el té de Damasia, que a esta altura ya se debe haber enfriado.

—Qué buena onda es Joaquín después de tantos años, ¿no?
—dice papá con la vista fija en el arroz.

Ni siquiera me gasto en contestarle. Según papá, la gran incógnita no es cómo se creó el mundo, si existe la mátrix o por qué la última temporada de *Game of Thrones* es tan mala, sino por qué el nieto de Malú y yo dejamos de ser amigos.

Me encantaría poder decir que no, pero a veces yo también me lo pregunto.

Confiada de que vi a Joaquín irse hace un rato y sin riesgo de que se le ocurra hablarme de nuevo, me pongo a ordenar los libros del club de lectura en las bibliotecas del salón principal.

—Nena, escuchame. Decime una cosa —se me acerca Rosita desde atrás—. ¿Vos de dónde sacás todos los libros que vemos? Porque me interesaría leer un poco más, viste.

Le sonrío y agarro el último *Nacida del hielo* de Nora Roberts de la mesa ratona.

—En mi familia no se leía, nadie me lo inculcó —sigue diciendo—. Y recién ahora, de grande, digo “¡Pero! Mirá todo lo que me perdí”.

La realidad es que la fuente de toda sabiduría literaria es Renata. Lee más libros que nadie que yo conozca, y me pasa sólo los que piensa que les pueden llegar a gustar a las señoras de El Jazmín. Yo soy una simple mensajera.

—Algunos los saco de la biblioteca del colegio, otros los consigue Claudia cuando se los pido.

Rosita se sienta en el banquito del piano y pone una cara antipática cuando menciono a la dueña del geriátrico. Casi puedo oírla pensando “esa zorra”.

—Podría armarte una lista con otros títulos que quizás te puedan gustar y vos ves cuál comprarte —le digo.

La cara regordeta de Rosita se ilumina como si le hubiera dicho que le pago un viaje a Europa. El nombre “Rosita” le queda bastante bien en este momento. O siempre, ahora que me pongo a pensar.

—Bárbaro, nena. Sos un sol. Pero, escuchame, no me traigas todo de amor y pajaritos que vuelan y esas cosas, viste. Si hay algo como el que leímos la otra vez de la chica esta... Cómo se llamaba... ¿Cristina? ¿Algo de una gata?

—¿Agatha Christie? ¿El de Egipto?

—¡Ese! Sí, sí, ese.

—*Muerte en el Nilo*.

—Algo así. Bueno, vos fijate. Gracias, nena.

Me quedo mirándola irse al jardín de invierno, con los rulos bordó y el vestido de flores turquesa del tamaño de una carpa de circo. Le mando un mensaje a Renata para contarle lo que me dijo.

Ya puedo imaginarla grabando una nota de voz que diga: “¿Te das cuenta del poder que tienen las historias? Es como magia. Como algo que une a todos, sin importar la edad, clase social, país de origen...”.

Yo a veces seré intensa, pero Renata inventó el término.

Dejo la pila de libros arriba del piano y, cuando me doy vuelta, encuentro a María Bruna en el sillón verde mirando por la ventana.

Últimamente, cada vez que la veo me agarra algo en la panza.

Está tan deteriorada. El cuerpo chiquito y encorvado, con la ropa colgándole como si fuera un nene al que le compraron el

uniforme del colegio bien grande para que le dure varios años. El cabello negro ondulado que siempre llevaba impecable, ahora es un par de hilos grises que se peina como puede, pero al segundo se le descontrola de nuevo. Se lo corto yo porque no deja que ninguno de los enfermeros se lo toque. Tengo que admitir que la última vez no fue mi mejor creación.

Me acerco y le aprieto la mano huesuda y arrugada antes de sentarme a su lado.

—¡Martita! Qué sorpresa.

—Soy Guille, Malú. La nieta de Martita.

Me mira como si acabara de preguntarle qué día nació el rey de los Países Bajos. Pero de pronto vuelve. Es una sensación muy rara ver cómo alguien a quien querés mucho se pierde y al rato encuentra el camino otra vez. Dan ganas de festejar y llorar al mismo tiempo.

—Perdón, Guille. *Vecchia e brutta*.

Le sonrío. Siempre me encantó la forma en la que combina el español y el italiano, sin esfuerzo, en cualquier conversación.

—Tranquila, yo también me olvido de casi todo. Es más, el otro día estaba pensando en una de las historias que me contaste sobre mi abuela y vos. La de la fiesta del Belgrano.

Malú suelta su risita típica.

—¿Cómo era? —le digo—. No me la puedo acordar.

La recuerdo como si la tuviera tatuada en el brazo y la relevara todas las noches antes de dormir, pero es una de las pocas anécdotas que ella puede contar de punta a punta con lujo de detalles.

—Bueno, Martita y yo nos habíamos conocido en uno de los balnearios de Mar del Plata —empieza a decir—. Nuestras familias

alquilaban las carpas contiguas. Apenas la vi supe que me iba a encantar ser su amiga. Tenía el pelo rubio oscuro, casi gris, las piernas de tres metros, los anteojos enormes con el marco blanco... Era *splendida*, llamaba la atención a donde iba.

Pienso en la foto de ella que tengo en la billetera, con los anteojos de marco blanco de los que habla María Bruna y que ahora están guardados en mi mesa de luz, y su pelo rubio grisáceo idéntico al mío. Es una lástima que no pueda decir lo mismo de las piernas de tres metros.

A pesar del nudo en la garganta, sonrío y me acomodo en el sillón para dejar que sus palabras me transporten setenta años atrás.

—Y así como todo el mundo la miraba, también todo el mundo la quería cerca. Era tan divertida... Cuando unos meses después me dijo que yo era su mejor amiga, fue uno de los días más felices de mi vida. Para mí, un honor.

Se queda mirando por la ventana en silencio y me empieza a agarrar miedo de haberla perdido otra vez.

—Cuando volvimos a Buenos Aires después de aquel verano —retoma la historia—, me llamaba cada dos por tres. Decía que la tranquilizaba hablar conmigo. Ella siempre fue tan escandalosa, y en cambio yo... *Ma tutto il contrario*. Hasta que me invitó a la fiesta del Club Belgrano.

—Hasta que probaste el champagne, querrás decir.

De nuevo su risita.

—Lo peor de todo es que Martita me había enseñado que, antes de tomar, había que tragarse una cucharada de aceite —dice abriendo mucho los ojos—. De esa forma, el estómago no es tan

permeable al alcohol. Y me tomé una cucharada de aceite pero, bueno, después también tomé cuatro copas de champagne.

—¿Y terminaron las dos bailando sobre una de las mesas?

—Y terminamos las dos bailando sobre una de las mesas.

Asiente despacio, con los labios finitos y arrugados formando una sonrisa.

—Al día siguiente me quería morir de la vergüenza. Todo el mundo iba a pensar que éramos unas locas. Pero así, subida a la mesa y con la copa de champagne en la mano, fue que mi marido se enamoró de mí. Así que *non è stato così male*.

No estuvo tan mal. Entiendo poco y nada de italiano, pero mi abuela solía copiar algunas frases de Malú y esta era una de ellas. Incluso cuatro años después, todavía puedo escuchar su voz nítida diciéndola en mi cabeza.

—Para nada mal —me río un poco, aunque no me siento contenta.

María Bruna me guiña el ojo y me palmea la mano.

—La vida hay que vivirla, Guillita. Parece algo obvio. Pero ahora que se está por terminar, me resulta más obvio aún.

El agujero en el pecho se me abre de nuevo. Un poco por escuchar el apodo que sólo usaba mi abuela, que saliendo de su boca suena muchísimo más lindo que de la de Joaquín, y otro poco porque no quiero ni imaginarme el día en que Malú se muera.

—Pero, bueno, al menos te quedan los recuerdos —dice con la vista otra vez perdida en la ventana.

Y yo me quedo pensando que, a veces, ni siquiera eso.

🎵 Real Ones — The Wldlfe

Hoy es una de esas mañanas extraordinarias en las que papá se queda dormido, me despierta tarde, y entonces tiene que llevarme en auto las quince cuadras que separan mi casa del colegio. No pasa nunca, porque si hay algo que llena de orgullo a Augusto Torres es su profesionalismo y lo bien que acata las normas.

—Mandame un mensajito cuando llegues a casa. Te quiero. ¡Que tengas un lindo día!

Me bajo del auto y saludo a papá con la mano. Me da vergüenza decirle, en plena vía pública, que yo también lo quiero, pero más vergüenza me da ser tan tonta de preocuparme por lo que vaya a pensar el resto si le digo a mi papá que lo quiero. ¿Contradecirse cada tres segundos será condición necesaria para ser adolescente? ¿O ser humano?

En la puerta del colegio me están esperando Renata, sentada en el piso leyendo, y Fede, que, como todas las mañanas, se prepara para pasar las próximas seis horas de abstinencia fumando como un escuerzo hasta entrar.

—Vamos, que quedan sólo cinco días para el finde —digo con un bostezo—. ¡Alegría! ¡Unicornios! ¡Confeti de colores!

Fede me da una sonrisa vaga y Renata tarda unos segundos hasta llegar a un punto y cerrar el libro.

—¿Alegría? Me tengo que clavar toda la semana cuidando a mis hermanos —dice mientras se levanta.

—Al menos te caen bien —digo yo.

—Sí, cuando no se portan como si estuvieran poseídos por el diablo. Es decir, nunca.

Puede que tenga razón. Los hermanos mellizos de Renata tienen ocho años y no me cabe duda de que están el noventa y nueve por ciento del tiempo poseídos por el diablo.

Miro a Fede, que reprime un bostezo. Así, con la cara arrugada y los dientes largos a la vista, me hace acordar a un ratón. Un ratón de pelo rubio con una argollita en la nariz.

—Las ventajas de ser hijo único, ¿no? —le pregunto.

—No te creas, a veces pienso que no me vendría mal alguien a quien molestar —levanta el mentón hacia Renata—. ¿Me alquilás al que se porte menos mal?

Me río y espero la respuesta de ella, pero está en otra, jugando con su pelo lacio y negrísimo, y mirando de reojo algo que está detrás de mí. No tengo ni que darme vuelta para saber que se acercan los de quinto, con Álex al frente.

Como todas y cada una de las mañanas desde hace dos meses, Álex saluda a Renata con un gesto de la cabeza. Es una especie de “hola” y “mirá qué *cool* cómo me saco el flequillo de los ojos”. Y como todas y cada una de las mañanas desde hace dos meses, ella le sonríe y mira para abajo. Si no me supiera la rutina de memoria, ni me habría dado cuenta de que Joaquín me saluda con la mano antes de desaparecer detrás de la puerta de hierro.

—Lo lento que es este pibe... —dice Fede—. Invitalo vos a salir y listo.

—Ni loca, nene. Me da vergüenza. ¡Mirá si me dice que no!

—Pero si por poco hay que ponerle un balde abajo de la cara para juntarle la baba cada vez que se cruzan —digo yo, y lo admito, en mi cabeza sonaba menos sarcástico.

Renata sacude la cabeza y Fede fuma como si el drama de amor adolescente no pudiera importarle menos.

—Ya me va a decir él, estoy segura. Le corresponde.

Renata viene de una familia extremadamente conservadora, así que entiendo por qué piensa así, pero no está mal recordarle cada tanto que ya no estamos en mil ochocientos.

—Ay, Reni. No —le digo con cara de que me acaba de romper el corazón—. Sos una hermosa mujer empoderada que, si quiere conseguir un chico, lo logra. Así que andá y hacelo.

—Uf, ahí empieza...—. Renata revolea los ojos.

—No, de verdad. ¿Son necesarias todas estas idas y venidas, y miraditas, y tensión y que me obligues a chequear si tenés comida en los *brackets* cinco veces por día? ¿No es mejor enfrentarlo de una vez? O mejor aún, ¿no es mejor olvidarse de todo este circo y vivir sin que tu felicidad dependa de nadie?

Renata me mira con una mezcla de pena y desdén. Si no fuera mi mejor amiga, la mataría.

—Me parece que ya están entrando.

La interrupción de Fede hace que Renata se rinda y suspire. Me aprieta los cachetes porque sabe que lo odio.

—Ya va a llegar el día en que la que tenga idas y venidas y miraditas seas vos, y me va a dar tanta pero tanta risa...

Me suelto de sus garras color rojo pasión y gesticulo un “¿Yo? Jamás”.

Agarramos las mochilas del suelo y empezamos a quejarnos de antemano por la jornada escolar, en esa especie de ritual diario que tenemos antes de entrar a esta cárcel obligatoria. No es que cambie algo, pero ayuda a sentirse acompañado en el sufrimiento.

Dos horas y media después, estoy sentada en el aula pensando en Einstein. O en una frase suya, mejor dicho: “Sólo dos cosas son infinitas: el universo y la estupidez humana. Y no estoy seguro de lo primero”. Lo cual me parece totalmente cierto, pero me gustaría agregar una tercera: las clases de Filosofía. Siento que estoy acá sentada desde que Platón vino al mundo.

Admiro a Camila, una de nuestras compañeras, que hace un esfuerzo constante por prestar atención y tomar apuntes a pesar de que esto es un embole y de que tiene a su novio Tomás acariciándole el pelo, el brazo, la cara. No termino de decidir si me da ternura o miedo.

Renata está sentada a mi lado, como todos los años, viendo recomendaciones de libros en YouTube, sin sonido. Delante de nosotras están Fede y Sol, otra de nuestras compañeras, con el torneo de tutti frutti. Llevan cuatro días y hasta ahora va ganando Sol, por mucho. Su grito de victoria, puño en alto y todo, queda ahogado por el ruido del timbre.

Fede se encorva en el asiento y simula llorar como un bebé, pero le dura un segundo porque por la puerta acaba de asomarse la cabeza llena de rulos rubios de Natalia, nuestra preceptora.

—¿Todo bien, Rita? —le dice a la profesora de Filosofía.

—Qué querés que te diga... Todo como siempre...

Todo sobre ella es lánguido y melancólico, hasta la forma en que se encoge de hombros antes de levantarse.

—Pero si somos tu mejor público, Rita —dice Fede, y en un acto de arrojo le guiña el ojo a Natalia.

—Ojo con ese ojo, Garza —dice ella sonriendo antes de irse.

Fede apenas puede contener la felicidad.

—Ey, ¿trajiste plata? —le digo a Renata—. Me toca a mí comprar los alfajores, pero me olvidé de agarrar.

No me escucha, como de costumbre. Se está peinando de nuevo y poniéndose manteca de cacao antes de salir al pasillo. Mi amor por ella no tiene límites, pero necesito que este temita con Álex se termine de una vez para poder volver a tener una mejor amiga funcional.

—Yo tengo —me responde Fede y me pasa el brazo por los hombros, y así bajamos las escaleras.

Cuando llegamos al patio, el quiosco es un hervidero de adolescentes, como siempre. Los de mi curso están adelante de todo. Son el nexo entre Raúl, el quiosquero, y el resto de los mortales. Los veo manejándoles el dinero a los de primero y ya presiento que esto va a terminar mal. Los de segundo tratan de colarse por los costados evitando que los de cuarto los agarren. Los de tercero hacen fila por un costado donde Mary, la mujer de Raúl, les contrabandea sándwiches de miga sin que el marido se dé cuenta. Y los de quinto no pueden estar más en otra, tirados al sol unos arriba de otros, acariciándose como si fueran una comunidad *hippie* antivacunas. ¿Qué onda? ¿Es necesario que Macarena le manosee el pelo a Joaquín como si estuviera bañándolo? ¿Y a Álex no le da vergüenza tirarse a dormir la siesta sobre la falda

de una de las chicas, cuando sabe que Renata lo está mirando? Algo pasa en el viaje de egresados que vuelven todos amándose los unos a los otros.

Renata me dice que la deje ir a comprar los alfajores, y no me cabe duda de que es para no tener que seguir viendo a Álex arriba de otra. Así que mientras ella le grita a uno de nuestros compañeros que la dejen pasar, Fede y yo caminamos hasta la esquina del patio que nos pertenece desde hace dos años.

—Sí, ya sé, Natalia te sonrió —le digo cuando nos sentamos.

—Estamos un paso más cerca del sexo salvaje.

Suelto una carcajada e intento borrar esa imagen de mi cerebro con unas palmadas rápidas sobre los ojos.

Que Fede entrara al cole es de las mejores cosas que me pasaron los últimos años, a pesar de que al principio me costó quererlo. Tiene un halo como de ausente que lo persigue adonde va. Parece ser de esos a los que no les interesa nada ni nadie. Pero un comentario irónico por acá, un don impecable para detectar cuando te pasa algo, la pasión compartida por música que sólo conocemos nosotros dos y, antes de que me diera cuenta, yo le estaba contando cosas de mí que únicamente sabe Renata.

—¿Vos cómo andás? —pregunto, ya recuperada.

Me mira con una ceja levantada.

—Digo, nomás. Hace bastante que no contás nada sobre tus viejos.

—No hay mucho para contar —se encoge de hombros—. Ellos siguen matándose, y yo sigo en el medio. O lo opuesto al medio, mejor dicho. Afuera de todo.

—Bueno. Cualquier cosa, tengo un colchón abajo de la cama.

—Tonta. El colchón va *arriba* de la cama —me sonrío—. Pero gracias.

Renata llega con la lengua afuera y deja los alfajores y las minigaseosas en el suelo, aunque la de Fede no es de las mini, por supuesto. Necesita compensar la falta de nicotina con “algo que le alegre la vida”.

—Sobreviví. Pero por poco.

—Estamos rodeados de mercenarios —digo, mientras me siento en el suelo con la espalda apoyada contra la pared.

Renata abre de nuevo el libro, mientras Fede se pone un auricular y me da el otro. Lo tomo con la boca llena de alfajor y pasamos el recreo en un silencio cómodo, leyendo y escuchando música con el sol de invierno en la cara.

—Estás callada, pichona —dice mi papá cuando me pasa a buscar. Es cocinero en El Jazmín y psicólogo en su tiempo libre. ¿Vale la pena mentirle? Sabiendo lo pesado que se va a poner, decido que no. Pero tampoco sé cómo podría hacerlo parte de la maraña de pensamientos y emociones que me hostiga hace semanas.

—Puede ser. Hace unos días que estoy con la cabeza en cualquiera. Pensando en la abuela, incluso. Además, ¿te diste cuenta de que Malú está cada vez peor? En fin. Ya se me va a pasar.

Papá es el conductor más precavido que conozco. Jamás pasa los ciento veinte kilómetros por hora, va despacito cuando sabe que hay cámaras, si se pone en amarillo clava los frenos en vez de acelerar. Así que, cuando despega los ojos de la avenida para mirarme, sé que está preocupado de verdad.

—No es nada, en serio.

—Bueno, te creo.

Esa es la frase que usa siempre que quiere hacerme saber que *no* me cree, pero que respeta mi decisión de no decírselo y que, cuando quiera, puedo contarle. Sí, todo eso en tres palabras.

Llegamos a casa y, para mi sorpresa, Simón está en la cocina preparando la comida. Delantal de girasoles incluido.

—¡Me estás cargando! ¿Justo hoy vas a desatar una tormenta eléctrica? ¿El día que me toca a mí sacar a Nutella después de comer?

Simón gira con las manos en las caderas, al estilo señora. Su pelo es rubio como el mío pero más lacio, y los ojos oscuros son los mismos que los de... *ella*. Está intentando hacerse el serio y contener la risa al mismo tiempo. Es un gesto que a mí me quedaría horrible, pero de alguna forma su cara lo hace funcionar. Esa es una de las grandes ventajas de ser Simón: salir bien parado en cualquier cosa que hagas.

—El que se queja no come.

—Perfecto. Me gustaría hablar con el chef, entonces.

Papá se ríe y desaparece por el pasillo hacia el baño, y yo me quedo ayudando a Simón a hacer el puré.

—¿Qué onda el cole?

—Igual que siempre. Viejo, lleno de olor a humedad.

—Ja, ja —dice sin reírse.

Les pongo (muchacha) manteca a las papas y empiezo a aplastar.

—Qué sé yo, bien. Este fin de semana tengo que terminar el trabajo práctico de Historia, así que ya estoy llorando por adelantado.

—Esa Román es una forra. Me acuerdo de que me daba 5,50 el promedio y me mandó a diciembre igual.

Le tiro un chorrito de leche caliente al puré mientras considero la posibilidad de decirle que, en realidad, Román tenía razón. Conociendo lo susceptible que es Simón, no me conviene. Así que cambio de tema.

—¿Sabés algo de Cecilia?

Simón se asombra tanto como yo de lo que acabo de preguntar.

No suelo indagar mucho en la vida de mi mamá, pero pensar en mi abuela inevitablemente me hace pensar en ella. Después de que se fue, nos veíamos dos o tres veces por año y hablábamos por teléfono todas las semanas. Cada tanto nos mandaba regalos porque sí. No era la típica relación madre-hija pero estaba bien, supongo. Hasta que una mañana, cuando yo estaba en primer año de la secundaria, me encontré con unas gotas de sangre en mi ropa interior. Papá se mantuvo calmo y me explicó la menstruación con un nivel de detalle y empatía digno de asombro para alguien que no tiene idea de lo que es pasar por eso. Y ese día me di cuenta de que mi papá era más genial de lo que pensaba, pero también de que con mi mamá no podía contar para las cosas importantes. Así que dejé de contestarle las llamadas. Y ella tampoco insistió.

—No hablo hace bastante, la verdad —dice Simón mirándome de reojo—. Hasta donde sé, estaba bien. Contenta.

—Mirá vos.

Y tan rápido como empecé la conversación sobre mi mamá, la doy por zanjada.

—¿De qué hablaban? —dice papá de pronto.

—Nada —decimos Simón y yo al mismo tiempo.

Más obvios no podemos ser. Pero papá es papá, así que no nos presiona y empieza a poner la mesa.

Cuando terminamos de comer, voy a mi cuarto a buscar los auriculares para sacar a pasear a la perra. A pesar de que son prácticamente una extensión de mi cuerpo, es tal el caos que reina en mi habitación que me lleva varios minutos encontrarlos. Y paso otros varios intentando desenredarlos.

Con Nutella ya lista y con la correa puesta, bajamos las escaleras y pongo la reproducción aleatoria. Empieza a sonar una canción de lo más deprimente y juro que vivo para estas casualidades: cuando la vida se sincroniza con la música y lo mal que te sentís por dentro, se refleja en el afuera. Falacia patética, diría Renata.

Nutella, fiel a su estilo, se toma su tiempo. Ya caminamos dos cuadras y apenas olisqueó un par de árboles y canteros.

A pesar de que me encanta el invierno y estoy disfrutando de las últimas semanas hasta que llegue la lluviosa y alérgena primavera, la noche está bastante más fría de lo que me gustaría. No puedo creer que ya estamos en septiembre.

Pienso en la conversación con papá en el auto, y la imagen de mi abuela vuelve a aparecer, como cada día de la última semana. La extraño tanto que a veces siento que me duele el corazón. Sueña cursi pero es verdad. Siento algo en el pecho que no puede ser otra cosa que un agujero con la forma de ella.

Cruzamos la calle y Nutella, al fin, encuentra un árbol digno de su pis.

¿Qué habría dicho si la hubiéramos adoptado cuando todavía vivía? Se me ocurren cosas como “Un perro es lo último que les faltaba, Augusto”, pero también “Mirá qué ojos más preciosos, qué pestañas más largas”. Así de ciclotímica era.

Me pasa seguido esto de pensar su reacción ante las cosas que me suceden. Qué diría de la música que me gusta, de lo mucho que se vino abajo Malú en el último tiempo, de que voy a ayudar a El Jazmín aunque nadie me lo pida ni me paguen. Qué pensará de quien soy ahora, cuatro años después de la última vez que me vio. Si en ese momento habrá podido vislumbrar en lo que esa nena de doce años iba a convertirse cuando fuera más grande. Qué opinará de que todavía no tuve ningún novio ni tengo la más mínima intención de tenerlo hasta dentro de mucho tiempo. Ella, que se la pasaba de fiesta en fiesta y bailaba arriba de las mesas tomando champagne, ¿qué diría de mi cara de asco cuando probé alcohol por primera vez?

Ojalá lo supiera. Ojalá todavía estuviera conmigo, viendo los documentales de History Channel aunque no puedan interesarme menos, haciéndome fideos con manteca y queso cuando estoy triste, compensando la ausencia de mi mamá.

De pronto me doy cuenta de que ya estamos en la puerta de casa. Entramos y suelto a Nutella, que sube corriendo los dos pisos por las escaleras y empieza a rascar la puerta del departamento.

No tengo idea de si mi abuela me está viendo o si puede escuchar lo que me digo a mí misma. Pero, a pesar de que no creo en casi nada, me gusta pensar que sí. Que me escucha, que me ve, que de alguna forma me hace llegar lo que piensa sobre lo que me pasa.

Ojalá.

II

Septiembre de 1943

Cualquiera que la hubiese visto parada en la puerta de aquel edificio venido a menos habría pensado que estaba allí para cuidar a un niño, para asistir un parto, o incluso para juntar fondos en nombre de la parroquia del pueblo. Pero quizás algún caminante con un poco de atención al detalle podría haber notado ciertas irregularidades. La punta del zapato acordonado asomándose debajo del pantalón *beige* de lanilla y moviéndose de arriba abajo con urgencia, el gesto involuntario de morderse el labio inferior, las miradas que disimulaba por el rabillo del ojo para comprobar que nadie estuviera observándola. Quizás ese mismo caminante se habría dado cuenta de que ninguna institutriz, comadrona o voluntaria eclesiástica luciría tan intranquila.

Pero en aquel pueblo del norte de Italia, donde esa tarde nublada los habitantes caminaban con la cabeza gacha sumidos en asuntos más apremiantes que la actividad de una joven, nadie notó a Bruna Parisi allí parada. No hubo ni una sospecha de que estaba esperando que le abrieran la puerta para asistir a una reunión clandestina de la resistencia partisana.

Al cabo de unos segundos que parecieron años, Bruna distinguió el sonido característico de la reja de hierro del patio interno chirriando al abrirse. Unos pasos no del todo silenciosos se acercaron despacio hasta ella y frenaron del otro lado de la puerta de roble.

—*Il Duce non ha ragione* —susurró Bruna a través de la puerta, burlándose de la propaganda fascista.

El cerrojo interno se movió con dificultad y la puerta se abrió tan sólo unos centímetros por los cuales se asomaron unos ojos color miel idénticos a los suyos. Su hermana le sonrió y la hizo pasar al pasillo oscuro y frío del edificio.

—¿Qué te hizo tardar tanto? —preguntó Bruna.

—*Guarda, cara* —dijo Gina con una mueca—. El ambiente está bastante enardecido allí arriba.

Subieron las escaleras en silencio y, una vez en el cuarto piso, Gina la hizo pasar a su apartamento.

Enardecido era quedarse corto.

En una esquina del living, unas quince personas discutía como pocas veces se había visto en aquellas reuniones. Si bien eran puros susurros, bastaba con mirar los gestos alborotados de las manos para notar que la situación ya no daba para más.

Entre los rostros masculinos distinguió el de Dante, que le sonrió desde lejos al verla llegar, sentado entre Paolo, el marido de Gina, y Miroslov.

—La cosa es que hay que actuar, *ragazzi* —decía Paolo—. No podemos continuar mirando cómo nos matan a todos, ni permitir que sigan saliéndose con la suya. Badoglio se rindió a los Aliados y se fue a dormir. ¿Y ahora, qué?

—Hoy Dante recibió un llamado de su hermano en Roma diciendo que los alemanes ya están por todos lados —dijo otro de los hombres.

—¿Es un desastre! —dijo Paolo—. Será cuestión de días hasta que los tengamos tocándonos la puerta.

—*Mi scusi*, Paolo. ¿Cuál es tu plan? —interrumpió una de las mujeres—. Las armas las tenemos, pero somos muy pocos, contando cada hombre y mujer que pueda sostener un rifle... Ellos nos superan, Paolo. *Un po' di buon senso, per favore*.

Las palabras se asentaron como una nube oscura a punto de convertirse en lluvia. Los alemanes eran millones y estaban a horas de invadirlos, pero Paolo tenía razón. Quedarse mirando cómo destruían sus casas, sus familias y sus futuros no era una opción.

—Hay que contactar a todos los pueblos de la provincia —dijo Bruna acercándose—. Organizarnos. ¿Qué será de los soldados en los regimientos de montaña, ahora que quedaron a su suerte? Se enteraron del armisticio por la radio. Los nazis no dudarán ni un segundo en fusilar a todos.

Dante se aclaró la garganta.

—¿Qué propones, Bruna?

—Que cuantos más seamos, mejor —dijo ella—. Y no sólo los habitantes de Udine. Hay que ayudar al ejército que quede, vestirlos de civil e instarlos a que se unan a nosotros.

—¿El mismo ejército que hasta hace un tiempo peleaba a favor del fascismo? —le contestó Dante con una risa sarcástica.

Hubo resoplidos y gritos ahogados entre los reunidos. La idea de socorrer a grupos militares, a esos mismos que luchaban en nombre del Führer, era inaudita.

—No olvidemos que a muchos los obligaron a alistarse —dijo Bruna, implacable—. Algunos otros son familia, o amigos, o conocidos. Debe haber jóvenes de catorce o quince años, la edad que tenían mis hermanos...

No consiguió terminar la frase. Desgraciadamente, los destrozos que la guerra había provocado en su familia eran heridas abiertas y dolorosas. Dudaba que algún día dejaran de serlo. Gina se acercó y le apretó el codo por detrás, en un intento de hacerla sentir menos desolada. De los seis Parisi, sólo ellas dos habían sobrevivido a esos años.

—Los matarán a todos en cuanto se resistan, no me cabe duda. O quizás los deportarán, o los llevarán adonde quiera que sea ese lugar al que arrastran a todos —la voz le tembló apenas, pero no iba a dar el brazo a torcer—. No podemos permitirlo. Son nuestros hermanos. Poco importa ya de qué lado estuvieron al inicio de la guerra. A estas alturas del conflicto, todos pertenecemos al mismo bando.

Dante la miró un momento y comenzó a asentir, resignado.

—El opuesto al fascismo —concluyó.

—Entonces hoy mismo nos contactaremos con el resto de Udine —dijo Gina.

—Y soldado que toca nuestra puerta, soldado que asistimos y escondemos —agregó Paolo—. *Siamo d'accordo?*

El grupo comenzó a dispersarse entre murmullos de aprobación y, uno a uno, abandonaron el lugar de forma escalonada.

—Bruna, *vieni in cucina* así me ayudas con la comida —dijo Gina.

Al cabo de una hora de amasar sólo harina, agua y sal, los cuatro estaban sentados alrededor de la fuente de *spaghetti* en medio de la mesa redonda del comedor, tomando el poco vino que les iba quedando. Rieron y comieron y, por unas horas, se concentraron en ignorar lo que tendrían que vivir durante los próximos meses. No tenían idea de cuándo compartirían otra vez un momento así, o si alguna vez podrían volver a hacerlo.

Cuando Bruna y Dante se despidieron, no podía distinguirse ni una sola estrella en el cielo negro. Caminaron despacio pero alertas, con la atención puesta en cada movimiento a su alrededor y en sus propios zapatos haciendo el mínimo ruido contra los adoquines.

—A veces pienso que esto nunca acabará; y otras, que estamos cada vez más cerca del final —susurró Bruna—. Hoy confío más en la segunda opción que en la primera.

Dante le tomó la mano fría y se la llevó a los labios.

—Ojalá, *amore mio* —murmuró contra sus dedos.

En las veinte cuadras desde la casa de Gina hasta la de Bruna, se cruzaron únicamente con dos personas.

A una la vieron desde lejos, caminando con una bolsa de madera en los brazos y la mirada perdida. Y a la otra no la vieron. Se adentraron en el edificio de piedra sin percatarse de que alguien los observaba desde las sombras. Tampoco olieron el humo del cigarrillo ni escucharon las botas negras alejándose de la casa de Bruna, una vez que ellos se habían perdido tras la puerta.

Índice

I	7
1 Me & You Together Song – The 1975	13
2 Real Ones – The Wldlfe	25
II	37
3 Talk Too Much – COIN	43
4 Letters – LaPeer	51
III	65
5 Everything Has Grown – Colouring	71
6 nevermind – Valley	85
IV	99
7 Another Round – Elina	103
8 Cigarette Daydreams – Cage The Elephant	113
V	129
9 Last One – The Aces	135
10 magnetic – joan	147
VI	157
11 Ode to a Conversation Stuck in Your Throat – Del Water Gap	163
VII	175
12 Higher – Blanks	183
VIII	195
13 Moon River – Frank Ocean	203

IX	213
14 Talk Me Down — Troye Sivan	217
15 Kissaphobic — Make Out Monday	225
X	239
16 Pink Lemonade — James Bay	241
17 bored&blind — ella jane	253
18 Promise Me — Jack & Jack	263
XI	273
19 the movies — Nightly	279
20 Mean It — Lauv	291
XII	299
21 Moral of the Story — Ashe	305
22 The Way We Say Goodbye — Circa Waves	313
XIII	325
23 Talking to Myself — Gatlin	329
24 If the World Was Ending — JP Saxe & Julia Michaels	341
XIV	349
25 Motion Sickness — Phoebe Bridgers	351
26 Learning How to Love — Colony House	361
27 Here's to Endings — Handsome Ghost	371
28 Shadow — Bleachers	383
Epílogo	391
Gracias	393

Escanea el código QR y disfrutá
la playlist del libro en  Spotify.



The Orlando Books surge como una articulación entre pasiones: identificar la semilla de una gran obra y acompañar su proceso creativo hasta llevarla al hogar de quien la disfruta, ya sea en formato libro, audiolibro, ebook, serie o película.

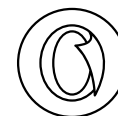
Sumate a nuestra comunidad, donde la lectura es una experiencia que nos une.

**Detrás de todo lo que nos gusta
siempre hay una buena historia.**



THEORLANDOBOOKS

www.theorlandobooks.com



THE ORLANDO BOOKS